



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

AÑO XXIX

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NUM. 42.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España.

- 1.ª Edicion, de lujo con 48 figurines iluminados cada año y 24 patrones en tamaño natural.
Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
2.ª Edicion, con 12 figurines cada año y 18 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
3.ª Edicion, sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.
4.ª Edicion, sin figurines ni patrones.
Un año 60... Seis meses, 32... Tres meses, 17... Un mes, 6.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE SE ABONEN POR UN AÑO A LA 1.ª EDICION
Y una rebaja en el precio de la *Ilustracion española y americana*.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA, CALLE DEL ARENAL, 16, MADRID,
CON LETRAS DE FÁCIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Islas de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. En su administracion; calle del Arenal, núm. 16.
HABANA. D. Benito Gonzalez Tánago, calle Habana, núm. 126.
BUENOS AIRES. D. Federico Real y Prado.
LISBOA. D. Francisco Pons Junior, rua dos Fanqueiros, 106, 1er andar.
BROWNSVILLE. — TEXAS. — MATAMOROS. D. M. Peña y Compañía.
VALPARAISO. D. Nicasio Esguerra.

Todo pedido que no sea acompañado de su importe en libranzas del Giro Mútuo ó letras de fácil cobro, no se considerará recibido.



ESCLAVINA CON CAPUCHA Á PUNTO DE AGUJA (delantero.)



ESCLAVINA CON CAPUCHA Á PUNTO DE AGUJA (espalda.)

NOVIEMBRE DE 1870.

Al presente número acompaña la hoja de patrones de gran tamaño núm. 20.

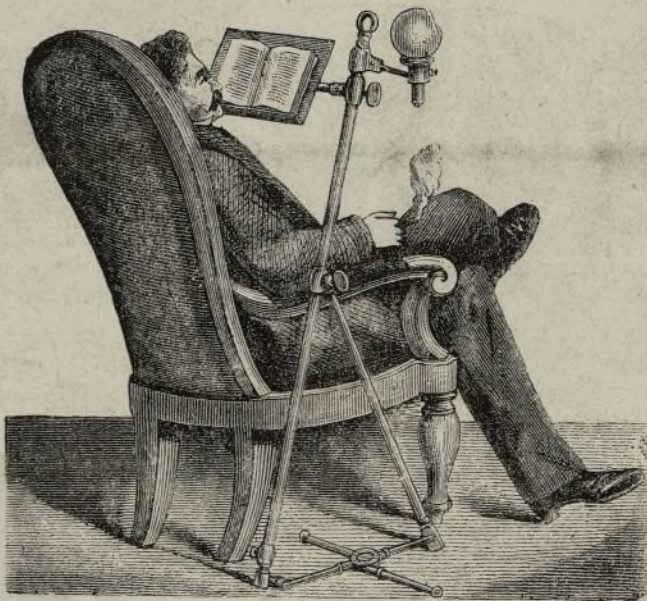
Ayuntamiento de Madrid



CENEFA AL PUNTO ENLAZADO.

Sumario.—Esclavina con capucha á punto de aguja.—Cenefa á punto enlazado.—Pupitre.—Esquina de cenefa bordada al punto veneciano.—Esquina de cenefa bordada al punto enlazado.—Tocador con guarniciones bordadas.—Costurero ó cofrecito de labor.—Bordado de costurero.—Cesto para labores, cubierto al punto ruso.—Canastilla con bordados.—Dos trajes para niñas.—Paletó para niña de tres á cinco años.—Paletó para niña de cinco á seis años.—Almohadon y colcha para recién nacido.—Cuna de hierro colgada.—Trajes para niños de seis á siete años.—Adelina Patti.—Hoja de patrones.

Explicacion de varios grabados.—Frenenfels, tradicion alemana, por la baronesa de Wilson.—Los suspiros de la selva, poesia, por don Antonio de San Martin.—El martirio de una madre, novela de Enrique Conscience, traducida al castellano por la vizcondesa de Castelfido.—Biografia de Adelina Patti.—Correspondencia, por la baronesa de Wilson.—Soluciones.—Salto de caballo.



PUPITRE GIRATORIO.

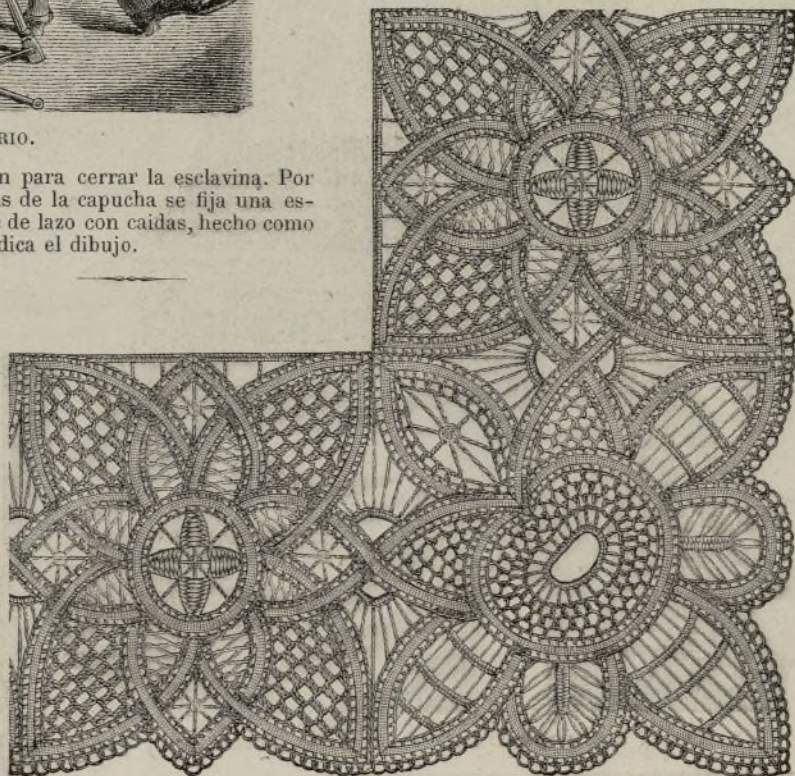
Esclavina con capucha á punto de aguja.

Se hace esta esclavina á punto de aguja ó de media con lana céñiro blanca fina. En el contorno exterior se pone un volantito labrado al mismo

serven para cerrar la esclavina. Por detrás de la capucha se fija una especie de lazo con caídas, hecho como lo indica el dibujo.



ESQUINA DE CENEFA BORDADA AL PUNTO VENECIANO.



ESQUINA DE CENEFA BORDADA AL PUNTO ENLAZADO.

Genefa al punto enlazado.

Servirá principalmente esta cenefa para cortinas, paños de altar y otros objetos análogos; se hace la cenefa á punto enlazado, con arreglo á las lecciones que se hallarán en números anteriores de LA MODA.

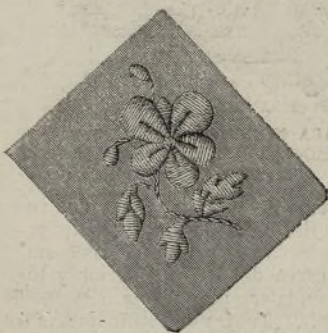
Pupitre giratorio.

Sirve este pupitre para leer cómodamente desde un sillón, un sofá ó desde la cama. Se coloca el pupitre sobre un pié de hierro, al cual va unido un cilindro móvil que tiene por objeto sostener y poner en movimiento el pupitre. Por encima de éste se coloca á tornillo un pequeño cilindro también de hierro que sirve para poner la bujía ó la lámpara según se desee.

Dos esquinas de cenefas al punto enlazado y al punto veneciano.

Se emplearán estas esquinas de cenefas para adorno ó guarnición de sábanas, fundas de almohadas, velo de sillón y para otros objetos parecidos.

Una de estas esquinas se bor-

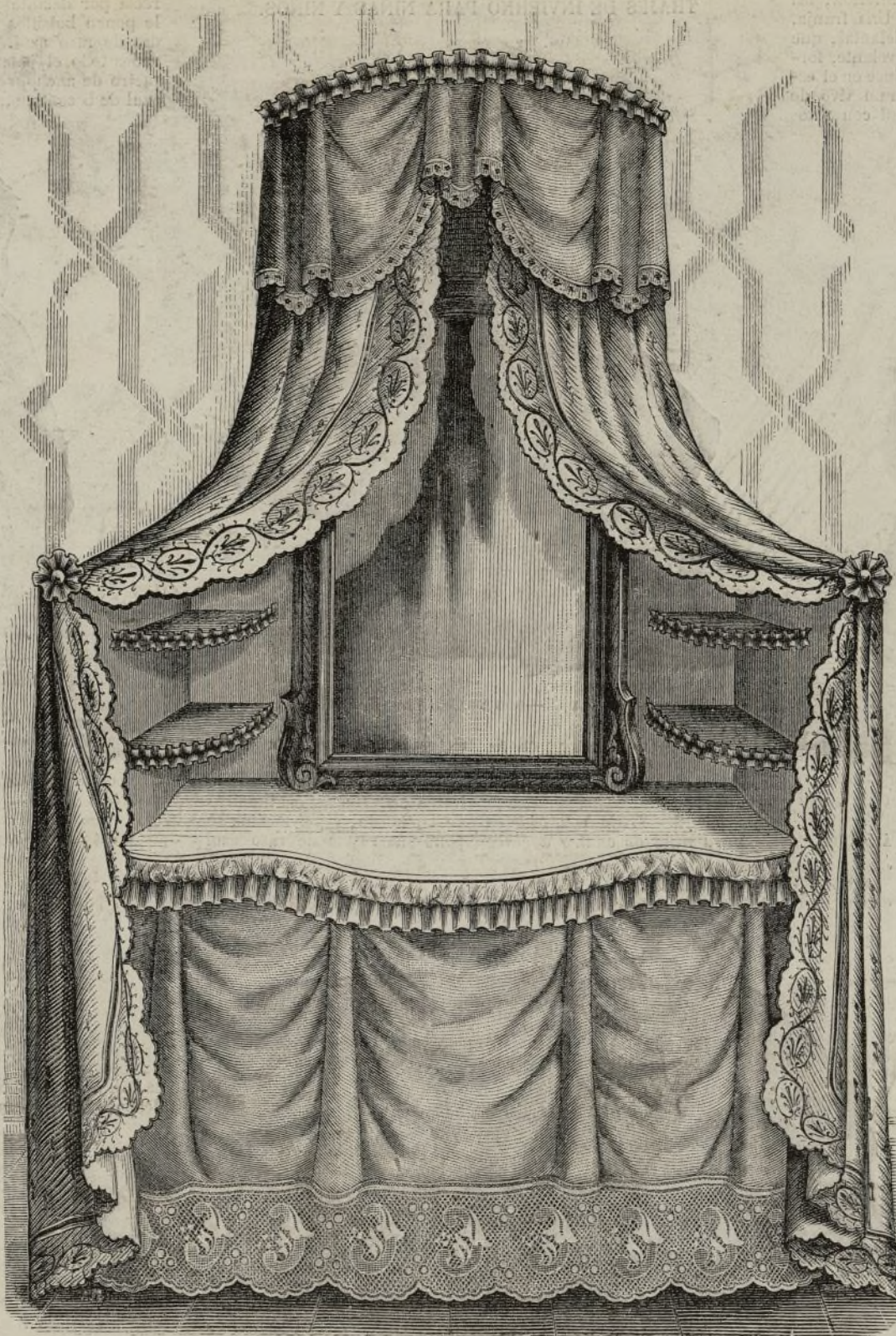
**BORDADO DEL COSTURERO.**

da al punto enlazado, con arreglo al dibujo y á las lecciones anteriormente publicadas.

La otra esquina de cenefa se borda al punto veneciano sobre lienzo fino, y según los modelos que se hallarán en números anteriores de LA MODA.

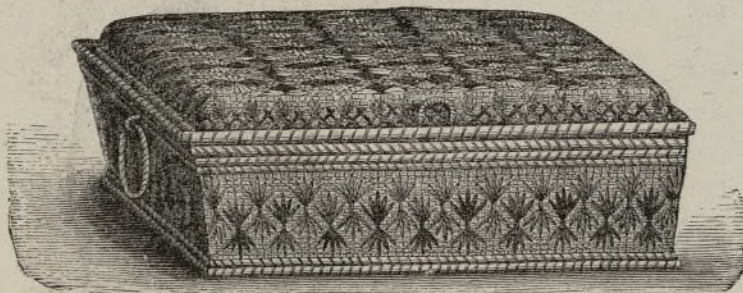
Cortinas y guarniciones bordadas para tocador.

Constituye este tocador una simple armadura de madera blanca forrada de persa-cretona con cortinaje de lo mismo. Alrededor de la mesa por arriba se pone un volantito también de cretona. En el borde inferior del paño que cubre la mesa por delante se fija una tira de encaje ó guipur de 12 centímetros de anchura. El pabellón y dosel que cubren el tocador son asimismo de persa-cretona, con la diferencia de que el dosel es liso y las cortinas ramadas. En

**TOCADOR CON GUARNICIONES BORDADAS.**

agua caliente y dándoles la forma indicada en el dibujo. Después se toma para el fondo un pedazo de cartón de 3 centímetros de largo por 8 1/4 de ancho, y otro pedazo doble de 14 centímetros de largo por 4 de alto para los lados largos. Estos lados se cortan oblicuos en sus extremos. Los lados trasversales tienen nueve centí-

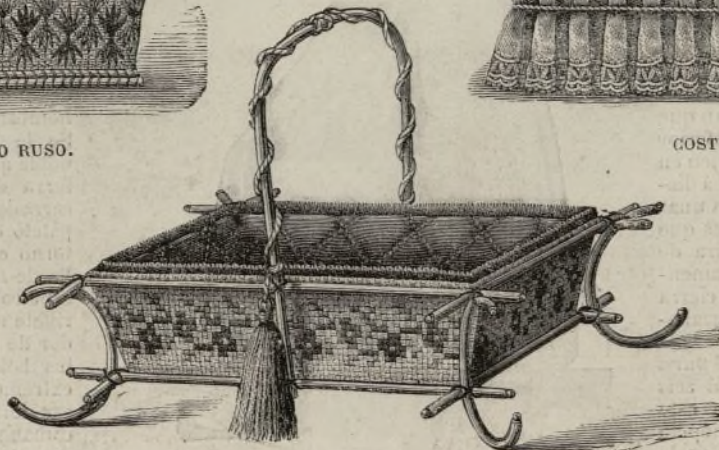
metros de ancho en su borde superior, y en el inferior el mismo ancho del fondo. Estos diferentes trozos aislados se revisten por el interior de tafetán azul, que va algodónado y pespunteado á cuadros con seda blanca. El asa, también de junco, que sale por ambos lados del fondo, por la parte exterior va rodeada de un cordón de seda, que concluye en dos borlas, también de seda.

**CESTO PARA LABORES CUBIERTO AL PUNTO RURO.**

el coronamiento del dosel se pone un volante rizado de la misma tela: el contorno del dosel va ribeteado de un encaje de 3 centímetros de ancho. Un espejo con marco de caoba ó de otra madera igual á los muebles de la habitación adorna el tocador en su fondo.

Cesto para labores, cubierto de un bordado al punto ruso.

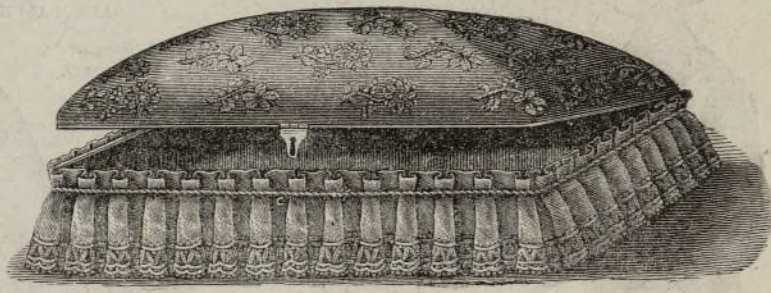
Se hace este cesto tomando una cesta fina y cubriéndola con una envoltura bordada al punto ruso con lana céfiro. Por el interior va forrado el cesto con cachemira de color.

**CANASTILLA CON BORDADOS.****Costurero ó cofrecito de labor.**

Este costurero se compone de un cofrecito de madera cuadrangular, de 18 centímetros de largo por 12 de ancho y 5 de alto. En el fondo de este cofre por el interior se pone una plancha de plomo de un centímetro de grueso y del tamaño del fondo; luego se reviste el cofrecito en sus lados interior y exterior con persa, y por encima con tafetán verde. La tapadera consiste en una tabla delgada, del tamaño requerido, la cual va forrada por uno de sus lados (interior) de persa y tafetán verde, y por el lado exterior va cubierto este cofre con una almohadilla de algodón. El revestimiento de esta almohadilla es de tafetán verde, y va bordado, según lo indica el dibujo, de flores hechas con seda verde. Dos dibujos especiales representan dos flores de estas, de tamaño natural. El cofrecito va además revestido en todo su contorno exterior con un volante ancho de tafetán verde, el cual lleva en su borde inferior un encaje ó guipur blanco. En la pegadura del volante se pone un cordón de seda verde (véase el grabado principal).

**BORDADO DEL COSTURERO.****Canastilla con bordados.**

La armazón de esta canastilla es de junco español. En los lados exteriores del canasto se coloca una tira de cañamazo de Panamá que los cubre, cuyo cañamazo se borda en cruz con seda de dos matices encarnados y otros dos matices verdes, todo con arreglo al grabado. Para armar la canastilla se preparan los juncos; se cortan cuatro de 18 centímetros de largo y ocho de 15 centímetros de largo. Hecho esto se disponen los cuatro juncos metiéndolos

**COSTURERO Ó COFRECHITO DE LABOR.**

metros de ancho en su borde superior, y en el inferior el mismo ancho del fondo. Estos diferentes trozos aislados se revisten por el interior de tafetán azul, que va algodónado y pespunteado á cuadros con seda blanca. El asa, también de junco, que sale por ambos lados del fondo, por la parte exterior va rodeada de un cordón de seda, que concluye en dos borlas, también de seda.

Trajes de invierno para niños y niñas.

N.º 1. Traje de orleans azul oscuro para niña de dos á tres años.—El adorno ó guarnición de este traje consiste en un volante de la misma tela

que rodea el vestido en su contorno inferior, así como el delantal y las mangas cortas. Una franja, también de la misma tela, circunda el delantal, que es figurado, por la parte interior del volante, formando su cabeza; esta franja se reproduce en el escote del corpiño, y está ribeteada con un vivo de alpaca blanca. Cinturón de orleans azul con vivos

TRAJES DE INVIERNO PARA NIÑAS Y NIÑOS.

recta por delante y semi-entallado por detrás. Se le ponen bolsillos á los lados con carteras ribeteadas de raso azul. Además del ribete de raso que rodea todo el paletó, y tiene solamente un centímetro de ancho, se fija otra franja también de raso azul de 5 centímetros de ancho, que se coloca á una



N.º 3.—PALETÓ PARA NIÑA DE 3 Á 5 AÑOS.



N.ºS 1 Y 2.—DOS TRAJES PARA NIÑAS.

blancos. El delantal se prolonga por la parte superior hasta debajo del volante que rodea el escote.

N.º 2. Traje con aldetas para niña de cuatro á cinco

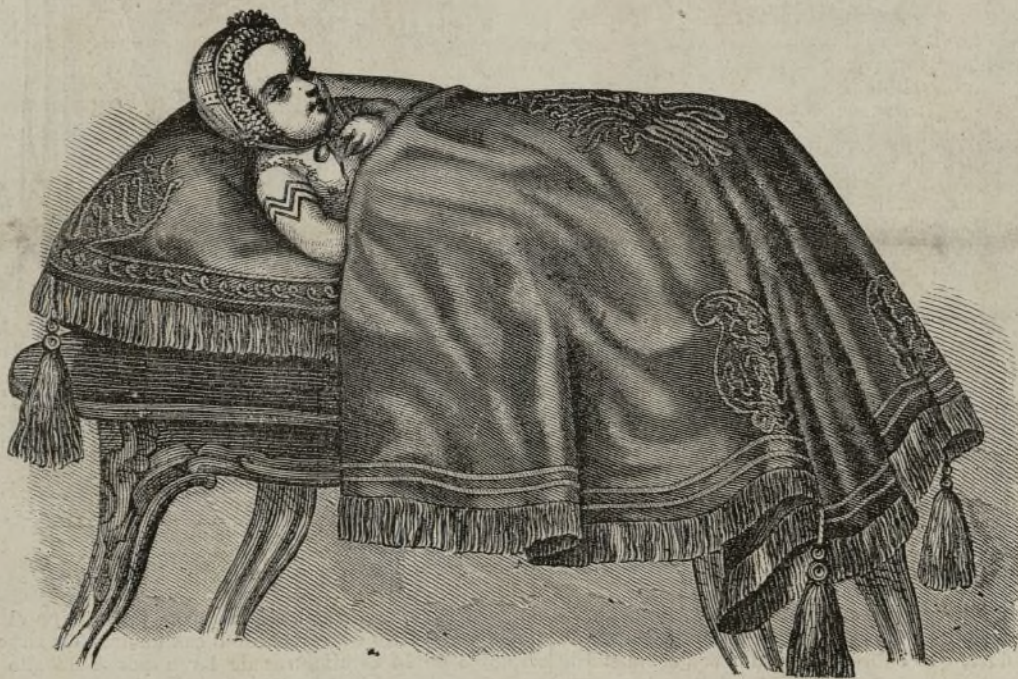
distancia de unos 6 centímetros del borde. La bocamanga va también adornada con una franja estrecha á 4 centímetros de su borde, y por encima se pone una roseta de raso azul



N.º 4.—PALETÓ PARA NIÑA DE 5 Á 6 AÑOS.

años.—Este traje, cuyo cuerpo es alto y liso, se hace de alpaca gris. La falda va forrada de gasa rígida blanca; en su borde inferior va guarnecida de un volante de la misma tela, cortado al sesgo y puesto en forma de abanico con dos cordones de seda negra y blanca por encima. Aldetas formando puf por detrás y delantal por delante, rodeadas de un volante igual al de la falda, si bien algo más estrecho y con los dos cordones de seda ya indicados. Cinturón de la misma tela con lazo por detrás; las bocamangas y el contorno exterior de la sisa van rodeadas de cordones de seda negra y blanca.

N.º 3. Paletó para niña de tres á cinco años.—Se hace este paletó de paño terciopelo negro con adornos de astrakan gris. Esclavina de la misma tela ribeteada en todo su contorno de astrakan gris. Igual adorno se pone en las bocamangas.



ALMOHADON Y COLCHA PARA RECIENNACIDO.

en forma de estrella. Otras dos rosetas del mismo raso, algo mayores, adornan el paletó en sus costados, cerca del borde inferior y tocando á la segunda franja.

N.º 5. Traje para niño de seis á siete años.—Compónese este traje de blusa y pantalón hechos de lana de invierno color de castaña. Se ribetea la blusa con un galon de seda labrada de 5 centímetros de ancho. El pantalón, que es ancho y está sujeto con una jareta debajo de la rodilla, va adornado con el mismo galon. Igual adorno llevan las bocamangas de la blusa. Esta blusa, que es cruzada y va abrochada por el interior con corchetes, se la sujeta al talle por medio de un cinturón de la misma tela, que va cerrado con un botón y un ojal.

N.º 6. Paletó para niño de seis á ocho años.—Se corta este paletó



N.º 5.—TRAJE PARA NIÑO DE 6 Á 7 AÑOS.

El paletó va sujeto al talle por medio de un cinturón de paño terciopelo negro con vivos de seda gris. A este paletó acompañan un manguito y un birrete de astrakan del mismo color de la guarnición ó adorno del vestido. Para la colocación de la tira de astrakan que rodea el borde inferior del paletó, se ponen en sentido vertical y á distancias regulares unas tapas con botones que sujetan dicha tira de astrakan. Ultimamente, el paletó se cierra con botones de azabache.

N.º 4. Paletó para niña de cinco á seis años.—Se corta este paletó de terciopelo doble blanco, y se le adorna con franjas de raso azul. Su forma es



CUNA DE HIERRO COLGADA.

con arreglo á cualquiera de los modelos parecidos que publicamos el año anterior, guiándose por el dibujo que acompaña á esta explicación, para las modificaciones que en él se indican. Tiene este paletó la forma de un sobretodo de hombre, largo y recto. Se le hace de paño doble azul oscuro y se forra de franela encarnada. Se ribetea el paletó en todo su contorno con una trenchilla de seda de un centímetro de anchura. Igual ribete se pone alrededor de las carteras de los bolsillos y en el extremo de las mangas formando las bocamangas. Dos hilas de botones forrados de cordoncillo de seda negra cierran el paletó



N.º 6.—PALETÓ PARA NIÑO DE 6 Á 7 AÑOS.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56. Rue Jacob, Paris

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



completamente. De una á otra hilera se ponen en sentido transversal muchas trencillas de seda negra de medio centimetro de ancho, que cubren todo el paletó por delante de arriba abajo, formando una especie de peto. El cuello en pié y de la misma tela, va adornado con una trencilla igual á la que ribetea el paletó. El contorno inferior no lleva trencilla, sino un pespunte hecho con seda negra.

Almohadon y colcha para niño recién nacido.

El almohadon, lo mismo que la colcha, se hacen de cachemira azul con adornos de pasamanería blanca. La colcha tiene un metro 50 centímetros de largo, y otro tanto de ancho. Almohadon y colcha llevan en su contorno un fleco de lana blanca y borlas de lo mismo en sus esquinas. Sirve este almohadon, así como la colcha, para colocar al recién nacido sobre una cama ó encima de una mesa de salon ántes de bautizarlo.

Cuna de hierro con cortinas.

Esta cuna, que tiene la forma de una canastilla, va colgada de muselina blanca con un encaje tambien blanco en los bordes delanteros de la colgadura. En lo alto del pabellon se pone un lazo azul de tafetan ó raso.

FRENENFELS.

TRADICION ALEMANA, POR LA BARONESA DE WILSON.

I.

Hace algunos siglos que en un valle situado en la orilla derecha del Rhin, se levantaba sobre una colina un castillo majestuoso, y del que hoy el viajero encuentra sólo ruinas, que despiertan su curiosidad.

El valle ostentaba una belleza salvaje, y era casi impracticable.

Fundado el castillo en la más remota antigüedad, como lo manifestaban los sombríos muros, conservaba aún dos torreones medio arruinados.

A su alrededor crecía la maleza, y sobre la carcomida puerta se veía el escudo de armas de aquella noble casa. En la Edad Media estaba habitado por un anciano llamado Balthar, altivo, generoso y valiente.

Viudo hacia algun tiempo de una esposa tierna, virtuosa y apasionada, no tenía más consuelo que una hija única, ángel de bondad, maravilla de hermosura.

Alta y esbelta, rubia cabellera y ojos azules, Liba era el tipo verdadero de las hijas del Norte, de esa poética y melancólica Alemania.

En el lecho de muerte de su madre había sido prometida al caballero Schott de Grünstein, y la joven le amaba, no sólo por su bella figura, sino tambien por el valor y grandeza de su alma.

¡Cuántas veces la niña había soñado con el porvenir! ¡cuántas su imaginación poética recorría el libro impenetrable del destino, viéndose esposa de Schott y prodigando los tesoros de su bondad sobre sus vasallos, siendo su providencia, su ángel tutelar!

La figura de su padre, á quien adoraba y de quien no pensaba separarse, ocupaba el principal lugar en aquel sublime cuadro.

Tambien Balthar aguardaba con impaciencia que pasaran seis meses, época en la cual debía efectuarse el enlace de su hija, porque el anciano soñaba á su vez, pero era con sangre.

En el fondo de su corazon ardía un odio inextinguible por Engelberto, arzobispo de Colonia, y esperaba ver feliz á su hija para llevar á cabo su venganza.

Liba tenía ensueños de felicidad, Balthar de muerte.

Vemos con frecuencia, en la historia de todos los siglos, ejemplos de odio y venganza, que no concluyen sino en la tumba, mucho más en aquella época en que cada señor feudal se creía un rey, y respetaba á su soberano, sólo hasta cierto punto, dispensándole algunos servicios como un favor.

Luis XI de Francia fué quien, comprendiendo que la nobleza debía estar colocada bajo el poder supremo del rey, descargó el primer golpe contra el feudalismo, y reunió once Estados á su corona, ejemplo que siguieron sus predecesores.

El feudalismo existía en Alemania desde los tiempos más remotos, y los soberanos eran demasiado débiles para luchar con sus poderosos vasallos, resultando de esto la division del país en numerosos Estados.

Las rivalidades de los feudatarios ocasionaban grandes disturbios, porque los llamados Estados generales se componían de la nobleza y del clero.

Los ministros del Señor tenían vasallos, tropas, y llevaban la cruz en una mano y la espada en la otra, aunque generalmente no se desenvainaba contra los infieles sino en las contiendas civiles.

Necesario ha sido entrar en estos pormenores para que se comprenda el odio que Balthar profesaba á Engelberto, obispo de Colonia.

Era una noche lluviosa y sombría del mes de Enero.

Algunos señores de los alrededores se encontraban reunidos en el castillo.

La lluvia azotaba las ventanas, y los relámpagos iluminaban el valle silencioso y triste.

Liba se había retirado de la sala del festin, en la cual

la conversacion era animada y los vasos chocaban en las manos de los convidados.

Welden, Frunken y Wallestein sostenían una acalorada discusion, mientras que Balthar, sombrío y taciturno, apenas contestaba á sus interpelaciones.

II.

—Brindemos por la muerte de Engelberto, señores, dijo al fin interrumpiendo á Welden.

—Brindemos, contestaron; nuestra sangre es más noble que la suya, y sin embargo parecemos vasallos suyos.

—Teneis razon, Frunken; le obedecemos sin vacilar, cuando debíamos dictarle leyes.

—Sólo con su vida puede pagar tanta audacia: Engelberto es orgulloso, cruel y dominante; ¡muera, pues!

—Así será; siempre decís lo mismo; pero os falta arrojo. ¡Ah! si la vejez no hubiese paralizado mi brazo, entonces no necesitaría esperar, y muy pronto sabría encontrar mi daga el camino del pecho de este obispo.

El vino del Rhin y del Mosela exasperaba aún más á los nobles señores feudales; y Welden, medio embriagado, se levantó y dijo con acento amenazador:

—¡A la muerte de Engelberto!

—¡Muera! repitieron los cuatro caballeros chocando las copas.

—¿Lo jurais? gritó Balthar.

—Lo juramos, añadieron extendiendo su brazo.

—Se necesita mucha cautela; ya sabéis que el emperador le favorece con su amistad, que goza de gran prestigio, porque la plebe no mira en él sino al ministro de Dios...

—Sí, interrumpió Frunken; un sacerdote debe ser ejemplo de la mansedumbre, de la caridad, refugio de todos los desgraciados; debe perdonar las injurias y ser ajeno á la envidia. ¿Pero qué hace él? nos humilla con su fausto, se burla de nuestras discordias en lugar de ser el iris de paz, é influye con el emperador para malquistarnos, llegando hasta tal punto su soberbia, que desprecia á la nobleza y permite que sus vasallos insulten á los nuestros.

—¿Y miraremos con sangre fria tales agravios?

—Lo hemos jurado, y morirá.

III.

Algunos dias después sucumbía Engelberto bajo los golpes de los conjurados.

Favorito del emperador de Alemania, su muerte causó el más profundo dolor á su soberano, y se hicieron las más vivas investigaciones para descubrir á los culpables. La cólera del emperador era terrible, y anhelaba vengar al buen prelado.

Un dia en que su enojo era mayor y en el que había ofrecido gracias y dones al que le presentara á los asesinos, oyó un rumor parecido al del huracán ó al del trueno.

Era la multitud que invadía el palacio.

—Justicia, señor, justicia, exclamaron varios individuos precipitándose en la real cámara, arrastrando en pos de sí á Welden, Wallestein y Frunken, pálidos, y cuyos vestidos destrozados demostraban habian luchado.

—¡Justicia! ¿en qué ó para qué?

—Señor, estos son los asesinos del obispo de Colonia.

—¿Ellos? ¿Tres nobles?

—Sí, señor; desde aquel dia estaban ocultos, y al encontrarlos las tropas trataron de emprender la fuga.

—¡Acercaos, desgraciados! ¿Qué causa os ha movido á cometer tal crimen? ¿No sabéis que os espera la muerte? ¿No sabéis que mi cólera no tiene limites, y que no hay perdon ni misericordia para los malvados?

—¡Señor, piedad! Nosotros no hemos cometido el asesinato.

—¿Pues quién? Sólo delatando al impío alcanzareis vuestro perdon.

—Señores, sabremos morir como caballeros, contestó Frunken; pero descubrir á un amigo... ¡jamás! Eso sólo es propio de almas viles.

—Sí; pero reflexiona, dijo Wallestein, que podemos salvarnos.

—¿Y qué? Si sois capaces de vender á la amistad, no me uniré con vosotros para cometer tal villanía.

El emperador hizo un movimiento que manifestaba su admiración, pues aún cuando deseaba descubrir el crimen con todos sus pormenores, sin embargo, gozaba presenciando aquel rasgo de nobleza.

—Señor, dijo Welden; excitados por la voz de un enemigo de Engelberto, juramos su muerte y la ejecutamos.

—¿Y quién es el infame que armó vuestro brazo?

Frunken dirigió una mirada de soberano desprecio sobre sus dos compañeros, y dirigiéndose al emperador, exclamó:

—Señor, el criminal, el autor del crimen, soy yo.

—¿Tú? ¡Imposible! acabas de decir que es inviolable el secreto de un amigo.

—No, no es él, repuso Wallestein; no, él no ha sido.

—Quieren salvarme, señor, repuso el noble caballero; pero lo que os he dicho es cierto.

—No, no; ha sido Balthar, replicó Wallestein, sin atreverse á mirar á su amigo.

—Un caballero muere ántes que convertirse en delator, y desde hoy tu mano no tocará la mia, ni tu presencia deshonrará la casa de mis padres.

Y dirigiéndose á la puerta desapareció, sin que nadie pudiera detenerle.

IV.

El emperador no podía dirigirse contra Balthar, que hubiera armado á sus vasallos, y resolvió usar de la estratagemas.

Una noche, los habitantes del valle vieron arder el castillo; las llamas iluminaban el firmamento, y las paredes empezaban á desmoronarse, cuando se despertó Balthar.

—¿Qué es esto? exclamó: fuego; ¡pardiez! las tropas del emperador saben aprovecharse de la oscuridad para incendiar castillos; pero desconocen la manera de vencer lealmente á un noble. Caer entre las manos del emperador ó morir quemado, es casi lo mismo: prefiero sepultarme entre los escombros de mi castillo.

Pero en aquel momento apareció Liba, medio desnuda, con el cabello en desorden, el terror pintado en su semblante y la vista extraviada.

—Venid, exclamó tomando una mano de su padre y arrastrándolo en pos de ella; venid, padre mio; yo os salvaré.

Y luchando con las llamas y huyendo de los escombros, le condujo hasta un subterráneo que conducía al valle de que hemos hablado.

El fuego respetó á la cándida joven; pero el culpable anciano había sentido cruzar por delante de sus ojos al devorador elemento.

La barba y cabello se abrasaron por completo, y al llegar á una oscura gruta en donde sabia Liba que estaban seguros, se dejó caer sobre una piedra, exclamando:

—¡Estoy ciego, Dios mio!

—¡Ciego! ¿qué decís, padre mio? ¿Ese dolor supremo le estaba reservado á vuestra hija?

—¡Liba de mi alma! ¿por qué me he dejado llevar por mi venganza, cuando no había asegurado tu felicidad? ¿por qué designio tan culpable germinó en mi cabeza?

—¿Qué habláis de felicidad, padre mio? nada me podría hacer dichosa despues de vuestra desgracia: en esta gruta viviremos: buscaré frutos y yerbas para nuestra subsistencia, y me consagraré á vos completamente.

—¿Para qué? para prolongar mi vida y con ella mis sufrimientos.

Pasaban los dias sin que nada cambiara la suerte de aquellos dos desgraciados.

En una deliciosa mañana de otoño, se adelantó Liba hasta un cercano bosque en busca de frutas, y vió sentado al pié de un árbol á un joven señor, con la cabeza inclinada y preocupado en extremo: su mano acariciaba á un hermoso lebre, que estaba tendido á sus piés.

Era Schott de Grünstein. Inconsolable por la pérdida de su amada, recorría los bosques y las montañas preguntando por Liba, y pareciéndole que la brisa, las nubes y las estrellas le contestaban.

¿Sería esto imposible quizá?

En el conjunto armonioso que forma la creacion, ¿hay por ventura algun objeto que no esté relacionado con los demás? Las nubes y la brisa, ¿no tienen su existencia? ¿no tienen voz?

Lo difícil es saberlas interpretar.

Liba, loca de alegría, levantó las manos al cielo, y un grito iba á escaparse de sus labios; pero se detuvo.

—Schott, murmuró, mi primero y único amor, mi corazon henchido de felicidad no ha podido resistir al volverte á ver, al primer impulso; ¿pero debo vender el secreto de mi anciano y desgraciado padre? No, murmuró, no; tú desearías llamarme tu esposa, conducirme á tus dominios, y entonces tal vez te alcanzaría á ti, amado de mi alma, la persecucion del emperador. Sólo en esa gruta puede encontrar mi padre un asilo. Debo sacrificar mi dicha, mi porvenir, todo, por salvar á los dos objetos de mi cariño.

Y la heroica joven dirigió una suprema mirada de amor, de dolor, un adios postrero y mudo á Schott, y desapareció entre los árboles, sin que el joven se hubiera apercibido de que la que amaba estaba tan cerca.

Liba encontró á la entrada de la gruta á Balthar.

—¿Vos aquí, padre mio?

—Sí, hija querida: ¡cuánto desearia ver el sol! ¡el azul del cielo! ¡admirar los árboles, las flores, todas las galas de la creacion! ¿no es verdad que hace un dia delicioso?

—Sí, padre amado; sólo allá en el horizonte se descubria una ligera nube, pero va desapareciendo.

—Ese es un feliz presagio: sin duda el cielo me perdona, y lo mismo que esa nube desaparece del horizonte, así mis culpas habrán sido borradas en el tribunal de Dios. Si, el Señor me perdonará por tí, pobre ángel inocente que tanto has sufrido por mí. Pero tiemblo, necesito que los rayos del sol reanimen mis helados miembros. Jamás penetra en la gruta ese astro benéfico.

—Padre mio, he descubierto un sendero que conduce hasta la colina; venid, allí podreis estar mejor.

El anciano se apoyó en el brazo de Liba, encaminándose lentamente á la montaña, en cuya cima descansó sentándose sobre el musgo. Su corazon se dilataba: le pareció que recobraba nueva vida; durante algunos momentos permaneció silencioso, y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—He sido muy culpable, muy criminal. Sólo tú, hija mia, podrás alcanzar mi gracia; tú que todo lo has sacrificado por mí, tu dicha, tu cariño de amante; ¡bendita seas! continuó extendiendo sus manos temblorosas sobre la rubia cabeza de la joven; ¡bendita seas!... Dime, ¿ha desaparecido la nube por completo?

—Sí, padre mio.

—Lo conozco en la pureza del aire que respiro. ¡Dios mio, Dios mio! Engelberto, tú, á quien hice asesinar, perdóname tambien; santo prelado, virtuoso sacerdote, tú has alcanzado mi perdon. Tu mansedumbre evangélica, la interpretaba como desden en mi loca orgullo; tu deseo de hacernos observar la religion, lo tomaba yo, pobre pecador, como altanería; tu rectitud era para mi crueldad; ¡perdon, perdon! bastante he sufrido; el primer fruto de mi crimen, fué verme delatado por mis amigos, que deseaban salvar su vida. Despues he visto

mis propiedades incendiadas, y para colmo de castigo, perdí la vista...

—Pero, padre mio, vuestro arrepentimiento es suficiente para alcanzar gracia. Dios acoge y perdona á los arrepentidos.

—Sí, Liba mia; pero he sido un malvado: Engelberto, añadió exaltándose más, perdóname; mira á tu asesino errante, perseguido, pobre, ciego... ¡Perdon, gracia!...

—Padre mio, el cielo se torna sombrío y se acerca la tempestad; volvamos pronto á la gruta, y...

—No: ¿qué dices de tempestad? ¿Luego Dios no me perdona y moriré condenado? Hija mia, Liba, arrodíllate, implora mi salvación, que yo también la imploro desde lo más profundo de mi corazón.

La joven se arrodilló; pero en aquel momento un prolongado trueno zumbó sobre su cabeza, y un rayo cayó sobre la montaña pulverizando á Balthar.

La virtuosa niña, respetada por el fuego del cielo, como lo había sido por el de la tierra, espiraba á su lado, sin que el rayo la carbonizara ni alterara su virginal belleza. Schott, al ruido de los truenos, corrió al sitio de la catástrofe; pero ¡cuál fué su doloroso asombro al reconocer á Liba!

Recobraba á su amada, pero muerta.

Sobre aquellos inanimados restos derramó amargas lágrimas, y bajó al valle por el mismo sendero que había recorrido pocas horas antes Liba.

Encontró la gruta, y entonces comprendió la abnegación filial de su prometida, de aquel ángel que había volado al cielo.

Schott hizo construir en el valle una capilla consagrada á la Piedad; allí fué enterrada Liba, y desde aquel día la montaña tomó el nombre de Frenenfels. Boca de la Fidelidad.

LOS SUSPIROS DE LA SELVA.

Las del otoño triste
lánguidas brisas,
cruzarán gemidoras
por las campiñas;
y sin colores,
sin perfumes y místicas
yarán las flores.

Pájaro que volando
de rama en rama
saludaba contento
la luz del alba,
verá perdido
con los soplos del viento
su pobre nido.

Anunciando el invierno
con sus furores,
llevarán hojas secas
los aquilones:
furioso el viento,
remedará del triste
débil lamento....

Llenan del breve otoño
los cortos días,
una dulce y suave
melancolía:
su triste encanto,
del corazón sensible
desprende el llanto.

Tienen los bellos campos
tristeza suma,
cuando el viento de otoño
volando zumba;
y éste en su acento,
todas las vibraciones
del sentimiento.

De la selva parece
salen quejidos,
ayes del desconsuelo,
tiernos suspiros;
y el murmurante
rio tener parece
queja de amante.

Yo en el lánguido otoño
con pecho tierno,
canto á las pobres flores
que están muriendo:
Canto llorando,
á las ya secas hojas
que estoy pisando.

En el otoño triste
tengo el recuerdo,
del amor que en mi alma
tuvo su templo.

¡Ay, amor mio!
¡hace mucho ha llegado
tu invierno frío!

¡Pobre amor que gimiendo
desconsolado,
en los brazos se ha visto
del desengaño!

¡Ay, pobres flores,
las del arbusto tierno
de mis amores!

¿Dónde va tu esperanza:
dónde se fueron
tus quimeras de rosa,
tantos ensueños?....
Todo su encanto
desvaneci en raudales
de amargo llanto.

Al cruzar tus dinteles
falaz mentira,
en tinieblas dejaste
mi triste vida.

¡Ay! ¡quién pudiera
disfrutar la inocencia
de edad primera!

Triste, recuerdo amargo;
débil quejido:
sueño de amores falsos,
yo te maldigo.

¡Ya no más llanto;
rompo mi débil lira;
ceso en mi canto!

ANTONIO DE SAN MARTIN.

EL MARTIRIO DE UNA MADRE.

NOVELA DE

ENRIQUE CONSCIENCE,

TRADUCIDA POR

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

—¡Ven aquí! exclamó la condesa con acento de creciente cólera.

Pero la joven siguió sin movimiento.

—¿Qué hace usted ahí sin moverse? exclamó la señora de Bruinsteen lanzando á la viuda una mirada de reconvencción. Mi hija se niega á obedecerme; cójala usted, y si no quiere venir, arrástrela usted hasta en medio de la habitación. ¿Vacila usted? ¿Me habré engañado quizás al juzgarla?

Forzada de este modo á arrostrar la prueba más terrible, Marta no podía retroceder sin pronunciar su propia sentencia y la de su hija.

Así fué que marchó directamente hacia la joven, y tomándola en sus brazos, la arrastró con violencia febril hasta los pies de la condesa.

Esta dió orden á la joven de levantarse y de hablar; pero la resistencia que encontró era evidente, el resultado de una determinación inquebrantable: Elena no se movió, y permaneció muda como un sér inanimado.

Marta se encorvó, colocó la mano sobre el hombro de la joven, y murmuró:

—Vamos, hija mia, sea usted obediente: su desgraciada madre...

Pero la condesa, sin dejarla continuar, la asió del brazo, la sacó del aposento y cerró la puerta, amenazándola violentamente.

—¿Qué murmuraba usted á su oído? preguntó temblando de cólera. ¿No ha dicho usted *hija mia*? No es así como hay que hablar á esa detestable loca.

—¡Ah! tuve compasión de vuestra pena, señora, tartamudeó Marta, y esperaba que con un buen consejo... pero ya lo veo, no hay nada que esperar. Es cosa horrible; ¡una madre rechazada por su hija! ¿Cómo puede Dios permitir semejante maldad?

Había un fondo de verdad en estas palabras. Así es que produjeron un efecto favorable sobre la condesa.

—Sí, repitió, es horrible. ¡Y esta es mi vida hace tantos años! Emplea esa misma táctica cada vez que una circunstancia particular la desagrada; permanece muda cual si hubiese perdido la facultad de la palabra, y en todo el día no hay medio de obtener de ella ni un gesto, ni una sílaba. Sabe que esto me pone furiosa, y por eso persiste obstinadamente en su invencible mutismo. Hoy no puede usted ir á su cuarto, pues la hablaría á usted siempre acurrucada; mañana hablará sin que sea necesario forzarla. — Ahí tiene usted sus cofres, Marta; empuje usted á desenvolver su equipaje y arreglar su habitación; yo volveré probablemente dentro de poco: en todo caso, llamaré á usted, pues tengo todavía muchas cosas que decirle. En aquel rincón hay una campanilla; cuando yo la agite es que la necesito á usted abajo. Ahora procure usted cumplir bien mis mandatos. Tengo las llaves de todas las habitaciones, y puedo convenirme á todas horas del día y de la noche si cada cual cumple fiel y estrictamente con su deber. — Hasta después.

Y así diciendo, salió de la sala y cerró la puerta tras sí.

X.

Permaneció Marta un instante como petrificada detrás de la puerta. Quizás estaba contando los pasos que su enemiga daba en el corredor. Sea como quiera, un grito ahogado salió por fin del pecho oprimido de la viuda, y se dejó caer pesadamente sobre una silla. Un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas, pero se levantó en seguida y se puso á correr por la habitación, poniéndose las manos en los ojos y murmurando con espanto:

—¡Lágrimas, Dios mio! no, no, yo no quiero llorar, es preciso que comprima mis lágrimas. ¡Si viniese ahora, si entrase en este momento! inexorable con mi dolor. Si, si, fuera toda compasión, fuera toda piedad! Léjos de mí, léjos de mí estos sollozos de un corazón despedazado. Ni sentir, ni padecer; pensar, reflexionar, fingir. ¡Oh! un fuego me consume; el odio á los asesinos de mi hija, quemará y me devora el alma.

Y cruzó los brazos sobre el pecho, perdiéndose su mirada vagamente en el espacio, permaneciendo mucho tiempo en esta actitud. Ni una queja, ni un suspiro salió de su seno. Muda é inmóvil como la estatua del abatimiento, sólo en sus ojos brillaba un relámpago de vida, y contraíanse de cuando en cuando sus mejillas con estremecimientos imperceptibles.

Sin duda recapitulaba en su mente todo cuanto estaba sucediendo, todo cuanto había oído, todo cuanto había pensado en este primer día de su martirio maternal. Quizás luchaba también para reunir nuevas fuerzas y para someter sus sentimientos y emociones, cual esclavos obedientes, al poder inflexible de su voluntad.

Este encadenamiento de reflexiones produjo indudablemente en su ánimo otro orden de ideas; pues dejándose caer de rodillas, alzó ambas manos al cielo é invocó fervorosamente el nombre del Señor; pero al mismo tiempo otro nombre vagaba involuntariamente por sus labios: el nombre de su difunto esposo, cuya protección imploraba para su hija...

De pronto púsose en pie, y aunque temblando de emoción, procuró dar á su semblante una expresión de calma y tranquilidad. La campanilla había sonado; su enemiga la llamaba.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no me abandoneis! dijo saliendo apresuradamente de la habitación.

Halló Marta á la condesa y al intendente á punto de sentarse á la mesa. Matys le dijo, acompañando sus miradas con muchos guiños de amistad é inteligencia, que la señora de Bruinsteen se dignaba, por aquel día, permitirle que se sentase á su mesa, porque no estaba completamente instalada en sus nuevas habitaciones, y porque era además necesario hablar larga y formalmente de los deberes de su cargo.

Designó á la viuda un puesto al otro extremo de la mesa y á una respetuosa distancia de sus amos.

Y tuvo que oír de nuevo, uno á uno, todos los detalles del proyecto que aquellos malvados formaron para quitar la vida ó la razón á su pobre hija, ó alterar su espíritu con tormentos continuos á fin de tener un pretexto para encerrarla en una casa de locos.

Marta se mantuvo firme; no se le escapó ni una palabra, ni un acento que pudiese descubrir su indignación ó su espanto; antes por el contrario, ganó más terreno todavía en la voluntad de sus amos, y éstos se complacieron tanto en su conversación, que la obligaron á hacerles compañía hasta bastante tarde.

El corazón de la pobre viuda, palpitando entre tanto de impaciencia, deseaba con ardor acercarse á su hija y verla, aunque fuese por el ventanillo, para murmurar á su oído una palabra de amor y consuelo.

Cuando le permitieron retirarse, salió de la sala á pasos lentos; mas apenas hubo cerrado la puerta, cuando se puso correr, ó más bien, volar por las escaleras sin hacer ruido, como si hubiese tenido alas, atravesando el corredor que iba á su aposento.

La noche estaba tempestuosa y oscura; el viento azotaba los vidrios y hacia rechinar de una manera lúgubre las veletas de la torre de Orsdael.

En el cuarto de la señorita de Bruinsteen reinaban las tinieblas como en el fondo de un precipicio. Sólo turbaba aquel silencio cuando la voz de la tempestad llegaba á enmudecer un doble rumor, suave y casi imperceptible, que revelaba en aquel lugar la presencia de más de un viviente.

Oíase en el fondo de la habitación el ruido de una respiración entrecortada y fatigosa como la de una persona que lucha bajo el peso de sueños siniestros, y junto á ella, á unos dos pasos, un rumor semejante á los latidos precipitados de un corazón que palpita violentamente en un pecho oprimido...

Desgarráronse las nubes, y la luna envió una claridad tenue y vacilante.

La sombra de una mujer se destacó de aquella semi-obscuridad; levantóse, se inclinó sobre el lecho y permaneció algún tiempo inmóvil.

El misterioso latido de corazón se detuvo... pero las nubes volvieron á cerrarse, la sombra ocupó su primer puesto, y entonces las palpitaciones se hicieron más distintas y más precipitadas en la oscuridad de la noche.

XI.

La tempestad nocturna se había aplacado; la aurora esparcía poco á poco en el Oriente una luz dorada y anunciaba la aparición de un espléndido sol primaveral. Si bien algunos pájaros saludaban ya el alba de aquel hermoso día, el silencio más completo reinaba en la llanura, y la naturaleza no se había despertado aún.

En un aposento del castillo de Orsdael, una joven descansaba en su lecho; sus ojos estaban cerrados, sus facciones tranquilas; hallábase sumergida en un profundo sueño.

Junto al lecho estaba sentada una mujer; en la mano tenía una joya, que miraba de cuando en cuando con singular atención, dirigiendo en seguida sus miradas al semblante de la joven y mirando de nuevo la joya, como quien compara dos objetos. Iluminábase luego su fisonomía con un gozo inexplicable; movía la cabeza, miraba al

cielo y posaba las manos sobre su agitado corazón... En sus ojos negros y chispeantes, que tenía fijos en la joven, brillaba un amor tan ardiente, una exaltación tan sincera, un sentimiento tan profundo de felicidad y de abnegación, que aquella mujer parecía en verdad una insensata que hubiese perdido todo sentimiento de la realidad.

Sin saberlo tal vez, apoyó su mano sobre la colcha de la cama; mas como si aquella presión hubiese ejercido un influjo misterioso sobre la joven, ésta se volvió de repente, sacó la mano de debajo de las sábanas y la extendió como buscando un objeto que la atraía con la fuerza del iman. Las dos manos se chocaron y permanecieron inmóviles.

Una sonrisa celestial apareció en los labios de la joven dormida; la mujer se levantó lentamente y miró con una emoción inexplicable el rostro pálido de la niña, iluminado por un sentimiento de placida felicidad. Ella también se sonreía de una manera extraña; su pecho jadeaba; temblaban todos sus miembros, y sin embargo, no soltó la mano de la joven y mantuvo los ojos fijos sobre ella, cual si quisiese penetrar los pensamientos que agitaban su alma.

Estos pensamientos hubieron de tomar insensiblemente más fuerza y lucidez, pues la joven se puso a mover los labios, sin que ningún sonido saliese no obstante de su boca. La mujer se inclinó algo más sobre la cama y aplicó el oído... De este modo estuvo escuchando mucho tiempo, é iba ya, perdida la esperanza, á recobrar su posición primitiva, cuando del pecho de la dormida salieron, al mismo tiempo que su respiración, estas palabras claras y distintas:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

Aquellas palabras, acentuadas con una dulzura inexplicable, conmovieron violentamente el corazón de la mujer, pues un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo y vaciló como si hubiese ido á caer. Por algunos instantes luchó con un pensamiento que la dominaba, acercó muchas veces su boca al rostro de la joven, y la retiró otras tantas temerosa é indecisa; finalmente, no pudiendo resistir más, aplicó sus labios á la frente de la niña dormida, y murmuró en voz casi ininteligible:

—¡Hija mía! ¡hija mía!

(Se continuará.)

ADELINA PATTI.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Si en medio de los trastornos, de los inmensos perjuicios y de los continuos sinsabores que nos está ocasionando la guerra franco-prusiana; si al profundo pesar que sentimos de no poder cumplir, como siempre lo hemos hecho, todos nuestros compromisos con las señoras abonadas de LA MODA, hubiese alguna compensación ó algún consuelo, este sería indudablemente el placer que hoy experimentamos al ofrecer á nuestras lectoras, en cambio de un grabado de modas que no hemos recibido á tiempo, un magnífico retrato de la artista eminente cuyo genio, gloria de nuestra patria, es universalmente reconocido. Seguros estamos de que las ilustradas suscriptoras de nuestro periódico, tan amantes de las artes y tan entusiastas de cuanto contribuye á enaltecer el nombre español, verán con gusto este homenaje de admiración que ahora tributamos á una de las hijas más ilustres y esclarecidas de España.

Adelina María Clorinda Patti, de familia italiana, nació en Madrid á 19 de Febrero de 1843. Sus padres eran artistas líricos de escasa reputación, si bien su madre había alcanzado cierta celebridad ántes de su matrimonio bajo el nombre de señora Barilli. La falta de recursos pecuniarios obligó á los padres de Adelina á aceptar una contrata para los Estados Unidos de América, según parece, en condiciones poco ventajosas. Trasládose á América la familia Patti, y una vez terminado el tiempo de su compromiso en el teatro de Filadelfia, como los resultados no habían sido nada pingües, determinóse á dar algunos conciertos en diferentes poblaciones de los Estados Unidos. No tardó Adelina, aunque todavía de muy tierna edad, en tomar parte en estos conciertos, revelando pronto su extraordinario genio musical, su voz ya simpática y sus excelentes facultades para la escena. A la edad de doce años, la precoz artista ya era considerada como un prodigio.

Pero nada más fácil que malograr estos gé-nios precoces, si una buena educación artística no contribuye á dirigir su desenvolvimiento; y esto habría sucedido indudablemente á nuestra joven compatriota, si un músico inteligente y de grande experiencia, Mr. Strakosch, no se hubiese encargado de desarrollar sus facultades vocales, iniciándola en el arte difícil del canto. En pocos años Adelina Patti adquirió los conocimientos necesarios para presentarse con probabilidades de éxito en una de las primeras escenas del mundo; y en efecto, el 24 de Noviembre de 1859, debutó en el teatro italiano de Nueva York, desempeñando el difícil papel de Lucia en la ópera de este nombre: el éxito fué superior á las esperanzas mismas de los que habían dirigido la educación artística de la Patti y conocían bien su talento. Un inmenso público, que se componía de todo lo más distinguido que encierra la gran ciudad anglo-americana, saludó con frenesí al nuevo astro musical, proclamándola desde un principio la primera cantante de la época. En la *Sonámbula*, con el interesante papel de Amina; y más tarde con la Zerkina, del *Don Juan*, la Rosina, del *Barbero de Sevilla*, y la Norina, del *Don Pascual*, quedó asegurada la reputación, y con la reputación la fortuna de Adelina Patti.

No tardó en atravesar los mares, en alas de la fama, el nombre ya glorioso de la joven *prima donna*. De todos los teatros de Europa llovieron proposiciones á cual más ventajosas y halagüeñas, y dos años después de haber debutado en Nueva York se presentaba en el teatro italiano de París, con una contrata como hasta entonces sólo habían podido lograr muy pocas artistas. El público inte-

ligente del aquel centro de la civilización sancionó unánimemente el juicio del pueblo americano, y desde este momento la Patti pudo, no sólo escoger el teatro donde le pluguiera lucir las galas de su inmenso talento musical y de sus dotes peregrinas, sino imponer condiciones, fijar precios y reinar, en una palabra, como soberana absoluta sobre los miserables empresarios.

Londres, San Petersburgo, Viena, Madrid mismo, pudieron convencerse de que no eran exageraciones lo que la fama había publicado de la egregia cantatriz. Excusado sería, pues, cuanto pudiéramos decir aquí de una artista ya juzgada en todo el mundo musical: su voz privilegiada, su singular talento son de todos conocidos, y nadie ignora que sus triunfos se han contado y se cuentan aún por sus representaciones teatrales.

Adelina Patti contrajo matrimonio, dos años há, con el marqués de Caux, gentil hombre de Cámara del ex-emperador Napoleon. La corte de las Tullerías, temiendo sin duda que el nombre de una cantante deslumbrase el brillo de su aristocrática servidumbre, puso por condición al marqués de Caux, para conservar su puesto, que su esposa renunciase al teatro. Pero ésta, entre pisar las desnudas tablas de un escenario ó las alfombras de artesonados salones; entre escuchar los sinceros aplausos del público ó las mentidas frases de cortesanos corrompidos,

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR D. MIGUEL CARBONELL Y ROMERO.

O	nes,	Sin	ce	sia	Lo	co	ron	se	vo
nio	pre	fran	gar	y	lo	ses	Ru	fa	cien
Com	pi	res	nos,	sia	pru	gra	hom	res;	lle
juz	pran	Co	cos	de	el	van	lli	nito.	

fran	Me	biz	zul	bo	ver
men	de	nes,	nos	co	a

ter	on;	Ma	el
gen	Pru	chos	Y

Ly	en	ta,	El
El	Bis	sia,	hu

nos	de	do,	lor
mark	co	la	Mien

mas	las	ro	nas,	bi	san
ha	la	su	te	tro	tras

cia	ser	jo	si	en	U	van	be
re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O

hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

re	Mas	hu	mun	tral	Muy	cion	O	te	Lle		
hoy	Fran	de	to	do	tas	da	neu	llas	cha	tras	lla
da	que	en	mo	co	na	que	Nues	nas	cas		

enviará M. V. En la carta queda contestado el párrafo concerniente á la persa cretona.

A. Ferrol. — ¿Por qué se han de suprimir los candelabros de plata? Al contrario, sobre una chimenea ó consola estarán muy bien. Una sala puede estar con gusto y sencillez; es decir, sin estar recargada demasiado de adornos, y muchas veces una buena sillería, una alfombra elegante, colgaduras en armonía con el mueblaje, un buen espejo y una mesa con juego de candelabros y reloj, forma un todo severo, sencillo y en extremo elegante. Un velador maqueado un poco hondo en el centro para que sirva para las tarjetas, ó un tarjetero á propósito; jarrones de porcelana de Sevres ó China, figuritas de gran precio, jardineras, arañas, maceteros del Japon y otros mil objetos que ha inventado el lujo, son accesorios que pueden suprimirse, sin que por eso deje de estar alhajada con buen gusto una sala. Nos ocuparemos de esto en un artículo especial.

M. G. Vitoria. — Las talmas de punto, siendo para niños, podrán servir para salir de día, pero no para visita ni paseo, sino para colegio ó visitas de confianza, y esto no estando aún vestidas las niñas de largo.

Los abrigos de cachemira son muy de moda, y para nuestro gusto, ménos vulgares que los de paño, aún cuando no sean de tanto abrigo. Los vestidos continúan llevándose con profusión de volantes, biesses ó rizados, y sus colores más en boga el verde aceituna, el gris hierro, el granate y las telas escocesas grana verde y azul.

Un traje de lana puede servir para visita si esta es de confianza ó según la posición que ocupa en la sociedad la persona, y también estando de luto y en señorita joven, no hay inconveniente lo lleve siendo elegante y bonito, aunque sea para visita de cumplido.

E. M. Trubia. — El equipo de novia de su uso particular debe llevar la marca de ella, y en ropa de cama pueden ponerse las de los dos, ó la de él únicamente, así como en la de mesa y tocador.

L. F. Cehéjin. — Su carta la he recibido con notable atraso, y siento infinito que su pregunta haya estado sin contestación tanto tiempo. El delantal blanco es casi indispensable para la niñera, y en cuanto á su traje es según se desee: bien con el que usen las aldeanas de la provincia, si es bonito, ó bien escogiendo uno extranjero, por ejemplo, el que ha publicado LA MODA en el mes de Marzo de este año, número 9, pero con el corpiño alto y manga ajustada, variación necesaria entre la nodriza y la niñera; ese traje es caprichoso y bonito.

M. J. A. Bailen. — El vestido de raso negro no tiene otro arreglo más que ponerle una segunda falda de encaje negro, formando *puff*, y recogida con lazos de cinta de raso, adornándole con encajes el corpiño y mangas y dejando la falda lisa.

El traje color canela estará muy elegante adornado con raso blanco, si es de seda, y embutidos y puntillas de Cluny negro: los embutidos colocados sobre el raso blanco; por ejemplo, tres biesses anchos en la primera falda y más estrechos los de la segunda y corpiño: también podrá ponerle volantes de la misma tela con flequillos rizados al borde y á la cabeza de cada volante.

Para el traje de lana negro, aconsejamos un ancho volante tableado, con cabeza, y sujetando ésta una cinta como de dos dedos de anchura, terciopelo negro ó morado, y otra á corta distancia por encima del volante: el mismo adorno en la segunda y corpiño, solamente que en la sobrefalda, la guarnición será mucho más estrecha.

M. A. Villamañán. — Las chaquetitas encarnadas no están ya en moda, y en su lugar puede hacerse una de terciopelo negro, paño ó cachemir, con adornos de raso y chaleco de esta última tela, y su corte el de las que se llamaron figaros, redondas de los lados y con una aldetá por detrás: el chaleco puede hacerse también de la misma tela que la chaquetita.

C. A. G. de H. Tarifa. — Tanto las orlas como las iniciales para juegos de camas, no se usan con pespunte de color, sino todo el bordado blanco, y generalmente no se ponen sino dos cifras, suponiendo vayan bordadas, pues con una orla no puede ser de otro modo.

P. S. Enguera (Valencia). — En el abrigo de astrakan color castaña, deben ponerse adornos de astrakan negro, es decir, que el paletó irá orlado con éste.

Para el de astrakan ceniza, le estará muy bien un fleco ancho de pelo de cabra del mismo color ceniza y botones de pasamanería con abrazaderas de cordón.

LA BARONESA DE WILSON.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO INSERTO EN EL NÚM. 40.

No vayas á la tienda del dios Cupido, que por cualquiera cosa lleva un sentido.

Las soluciones recibidas, han sido de las señoras y señoritas D.^a María de los Dolores Sainz y Rozas (Bilbao). — D.^a Amalia Viale de Puentes (Madrid). — Doña Adriana Gaitan y Falqués (Valverde de Leganés).

ADVERTENCIA.

El patron de gran tamaño que damos con el presente número, pertenece á los elegantes abrigos que para la presente estación ha inventado el buen gusto.

Es tal la abundancia de modelos que contiene, que desde la graciosa niña de cuatro años, hasta la respetable señora casada, todas las edades tienen donde elegir, entre los treinta diseños que encierra.

Quisiéramos dar al mismo tiempo los figurines en negro respectivos; pero no podemos vencer cierta clase de dificultades, por más que no escaseamos sacrificios de ninguna especie; y en su consecuencia, lo que hacemos, es tener desde esta fecha en nuestra Administración, Arenal, 16, un modelo á disposición de las señoras y señoritas suscriptoras, interin podemos ofrecerlo en el periódico, que creemos pueda ser en el número inmediato.

El referido patron, contiene también porción de modelos para sombreros de señoras, señoritas y niños.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.